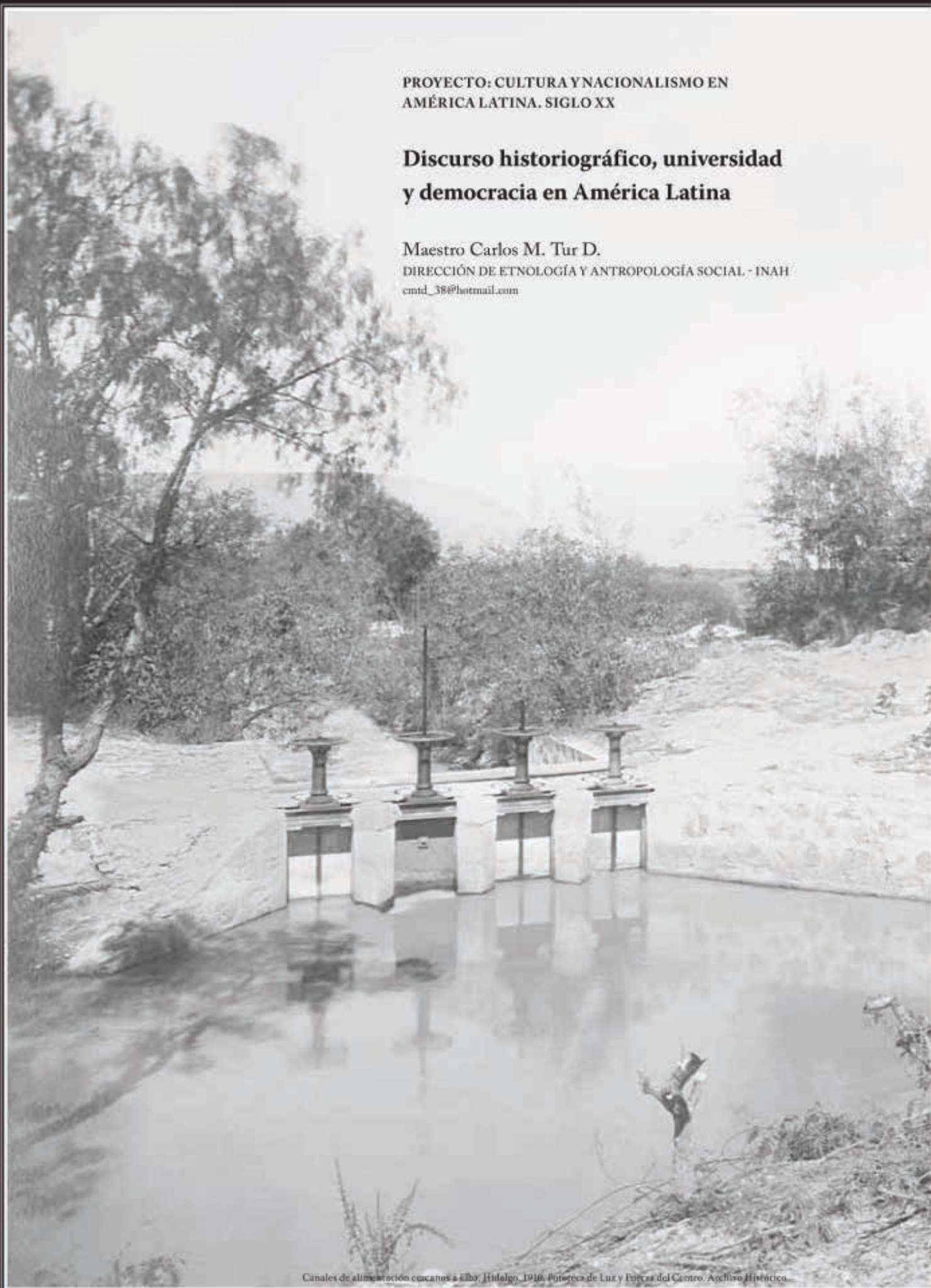


PROYECTO: CULTURA Y NACIONALISMO EN
AMÉRICA LATINA. SIGLO XX

Discurso historiográfico, universidad y democracia en América Latina

Maestro Carlos M. Tur D.

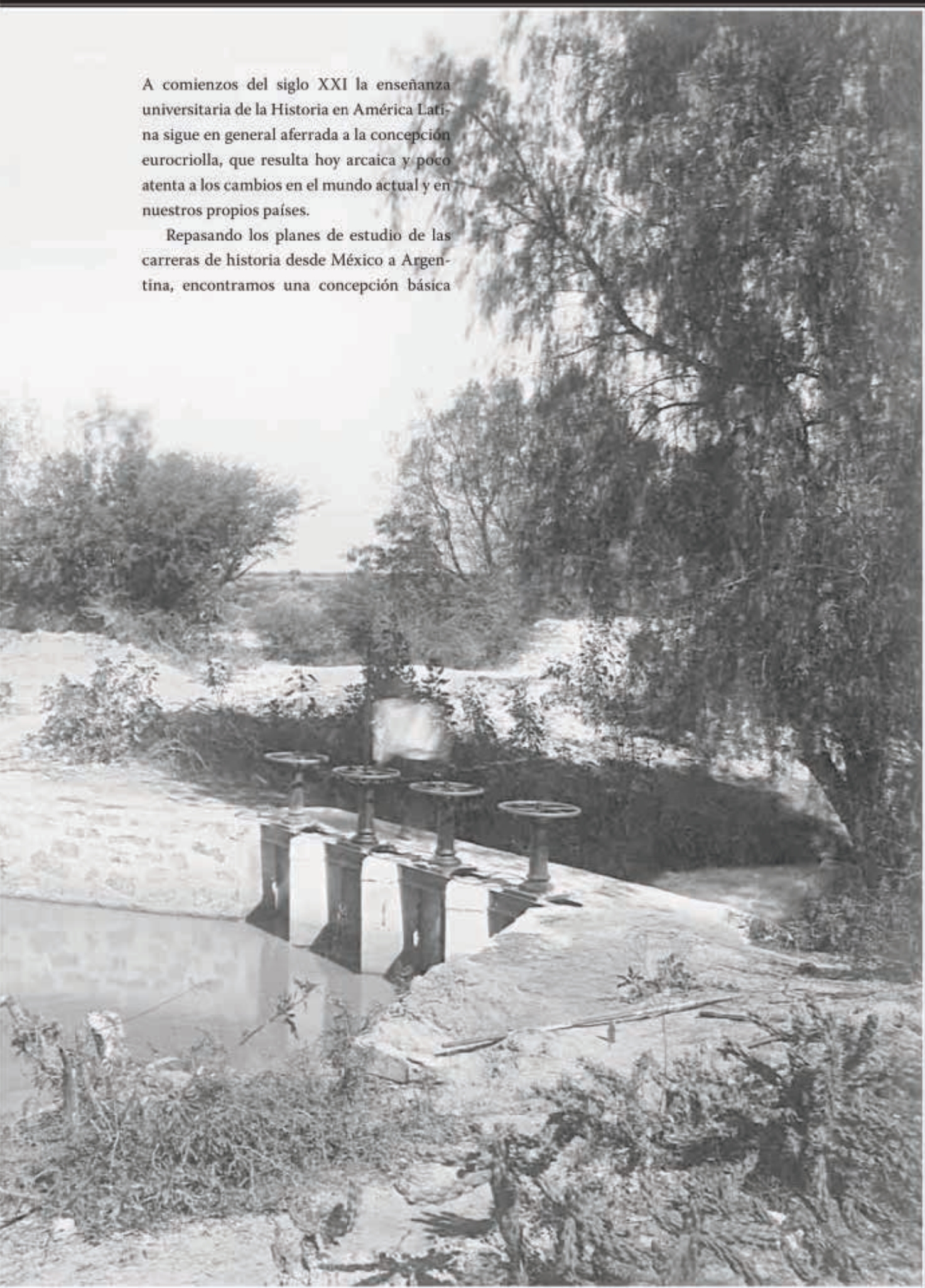
DIRECCIÓN DE ETNOLOGÍA Y ANTROPOLOGÍA SOCIAL - INAH
cmt_d_38@hotmail.com



Canales de alimentación cuicanos a Elba, Hidalgo, 1916. Pósteres de Luz y Fuerza del Centro. Archivo Histórico.

A comienzos del siglo XXI la enseñanza universitaria de la Historia en América Latina sigue en general aferrada a la concepción eurocriolla, que resulta hoy arcaica y poco atenta a los cambios en el mundo actual y en nuestros propios países.

Repasando los planes de estudio de las carreras de historia desde México a Argentina, encontramos una concepción básica



—que denominamos eurocriollo— y que limita su interés al país propio, el continente americano y Europa occidental. Esta concepción se fue elaborando desde los siglos coloniales por los intelectuales criollos que, después de la Independencia, identificaron las precarias nacionalidades con sus particulares intereses y el manejo excluyente del poder. En su estrategia de acceder a la “civilización” por antonomasia, la moderna sociedad burguesa que surgía del doble impacto de la revolución industrial y la Revolución Francesa, y los sectores dominantes latinoamericanos se adhirieron sin reservas al discurso eurocéntrico elaborado por la ascendente burguesía europea, a partir de su expansión desde el siglo XVI.

Avalados por las mayores autoridades intelectuales europeas del siglo XIX —Hegel y Ranke entre ellos— los escritores latinoamericanos, durante las repúblicas oligárquicas, encontraron en el primer despliegue del imperialismo contemporáneo la confirmación de que la antorcha del “progreso y la civilización” era portada victoriosamente por las potencias noratlánticas.

Se justificaba entonces el discurso que ubicaba el despertar de la civilización en Egipto y Mesopotamia, que recibía su sello innovador en Grecia y se prolongaba en Roma y la Edad Media, para desembocar en la modernidad del Renacimiento y el inicio de la acumulación originaria capitalista. América sería entonces una etapa más en la marcha triunfante y unilineal de la civilización conducida por Europa.

Si esta concepción era aceptada por los intelectuales latinoamericanos en los años previos a la Gran Guerra y la Revolución de Octubre, que marcan el advenimiento del siglo XX, sus vicisitudes catastróficas y liberadoras presentan en

estos días un escenario mundial profundamente transformado y de inquietante futuro. Está en los orígenes de este panorama inédito la pérdida de los imperios coloniales, la notoria reducción de la influencia europea durante la Guerra Fría y, lo que es más significativo para el propósito de este artículo, la decidida impugnación por los historiadores europeos de la concepción eurocéntrica.

Nadie que frecuente los periódicos o vea los noticieros televisivos puede ignorar la creciente importancia económica de China y la India, las turbulencias del mundo islámico o la incidencia del SIDA en África subsahariana. Pero ¿nuestras universidades preparan a sus estudiantes para comprender el mundo de hoy, y además contribuir a transformarlo como declaran explícitamente algunas de ellas? Creemos que en muy escasa medida.

Pongamos algunos ejemplos con base en los planes de estudio: la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá,¹ es contundente: se ocupan de su propio país, América y Europa; este sesgo eurocriollo ortodoxo también lo encontramos en las mexicanas Autónoma de Nuevo León² y en la jesuita Iberoamericana del Distrito Federal.³ En otras universidades latinoamericanas hallamos intereses más amplios: las universidades nacionales argentinas de Rosario⁴ y La Plata⁵ incorporan a Asia y África, pero desde los siglos XV y XVI; en los casos de la de Buenos Aires⁶ y La Habana⁷ desde fines del siglo XVIII. Estos ejemplos demuestran que el esquema eurocriollo sigue vigente con algunas variaciones en ciertos casos.

En el ejemplo colombiano es tan importante lo que explícitamente afirma como lo que implícitamente

niega. No tienen derecho a la plena existencia histórica ni 22 % de la población de origen afro, ni la burguesía sirio-libanesa de las ciudades de la costa atlántica. Proceden de continentes que no existen en el imaginario historiográfico oficial; resultan, sencillamente, invisibles.

En los casos cubano y argentinos, las grandes civilizaciones asiáticas sólo acceden plenamente a la existencia histórica cuando arriban a sus costas los navegantes europeos o la revolución industrial acelera el colonialismo del Viejo Continente. Es más, en algunos planes de estudio China e India son descritas sólo como civilizaciones antiguas, para reaparecer en el escenario histórico mundial después de los viajes de Vasco de Gama y Cristóbal Colón.

En este esquema arcaico y colonialista existen dos objeciones: nosotros, latinoamericanos, nacimos de este lado del Atlántico y obviamente no podemos seguir observando el pasado con ojos madrileños, parisinos o londinenses; por otro lado, los mejores especialistas europeos actuales han superado definitivamente la lectura eurocéntrica afirmando que otras sociedades —la China Tang, la islámica abasí, la India mogol, para poner tres ejemplos— adelantaron en cuanto a nivel de civilización por largos siglos a esa península excéntrica del gran continente euroasiático que hoy llamamos Europa. Las conclusiones de especialistas de primera línea —como el francés Jacques Gernet para China⁸ y el inglés Bernard Lewis para Asia suroccidental⁹— avalan contundentemente las afirmaciones que hacemos más arriba.

En estos años en que se abandona el esquema eurocéntrico en Europa y en los Estados Unidos se publican textos de enseñanza

media para entender la marcha de **todas** las grandes civilizaciones¹⁰ ¿nosotros debemos plegarnos al nuevo enfoque “globalizado” o, por necesidades propias intelectuales y políticas, enterrar el eurocriollismo y reemplazarlo por una lectura de **todo** el pasado humano desde América Latina? Resulta obvio que nuestro camino es el segundo.

En algunas versiones oficiales sobre los grupos humanos y tradiciones culturales que han conformado nuestras identidades nacionales se habla de mestizaje, de conjunción hispano-indígena y, en las últimas décadas de una tercera raíz: la afro, aunque generalmente en forma retórica. Sin embargo, América Latina desde el siglo XIX acogió otros aportes humanos y culturales; además de ingleses, italianos y alemanes, chinos, sirio-libaneses, japoneses, armenios, etcétera, que se han ido incorporando a nuestras comunidades nacionales, para convertirlas en sociedades pluriculturales ¿o es necesario mencionar aquí a Carlos Slim Helú, Alberto Fujimori y Carlos Saúl Menem? Estos grupos étnicos representan parte de nuestras raíces y sociedades actuales, ¿podemos seguir borrándolos cuando se habla simultáneamente de respeto a la pluralidad cultural y de fortalecer nuestras instituciones democráticas?

Pareciera que los añejos prejuicios criollos —negados por los Estados, pero vigentes en los planes de estudio universitarios— siguen determinando el desdén por la historia africana —¿será porque la mayoría de los afrolatinoamericanos por “negros” son pobres?— o la aceptación recortada y sesgada de la historia china, por ejemplo, se explica porqué son “diferentes” a nuestras elites y su ascendencia, cuya imaginación les lleva en mu-

chos casos a sostener orígenes hispánicos y nobiliarios.

Si necesitamos en el actual panorama internacional fortalecer nuestras identidades nacionales, respetando nuestros pluralismos y profundizando nuestras democracias, y propiciar que el proceso de globalización en que estamos insertos y que nos daña sea paulatinamente modificado en favor de las mayorías, debemos cambiar radicalmente nuestra óptica del pasado y abandonar recortes del proceso histórico mundial impuestos por la concepción eurocéntrica, tan arcaica como enajenante.

El mundo del siglo XXI será pluricéntrico —las fantasías de dominación unipolar están naufragando a la vista de todos— aunque crecientemente interdependiente, y en él debemos lograr una mayor integración de nuestras diferencias y crear nuevas formas democráticas.

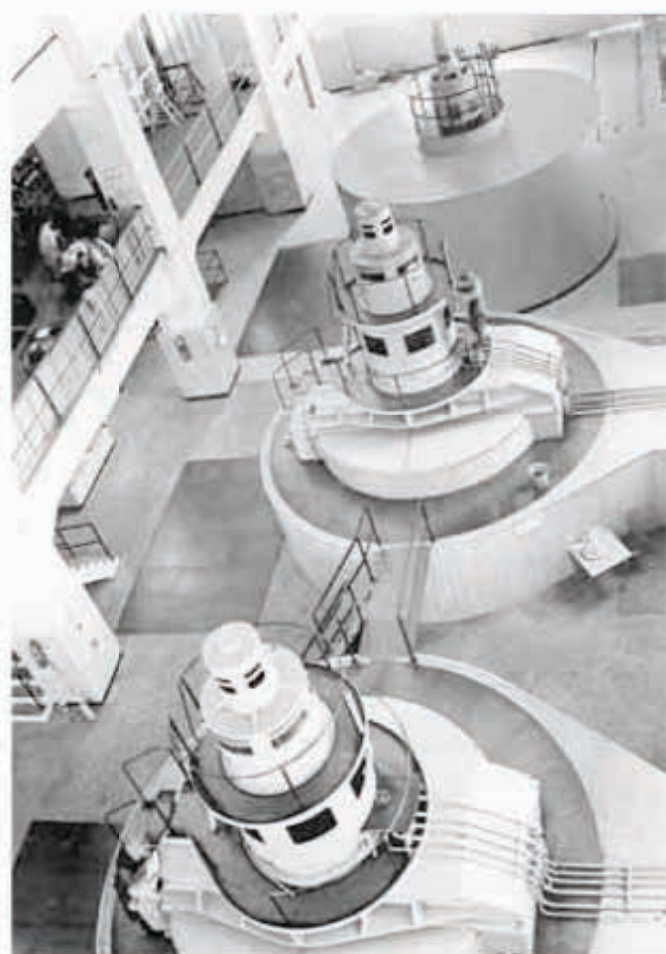
En esta perspectiva utópica, las universidades latinoamericanas deben asumir el reto de echar una mirada amplia al pasado, que legitime nuestras diversas raíces y nos prepare según nuestras necesidades para insertarnos en el mundo del siglo XXI. En los Estados Unidos se está extendiendo una versión “globalizada” de todo el pasado humano, muy acorde con su estrategia de dominación neoliberal-militarizada. Ante esta nueva amenaza ¿seguiremos abrazados a nuestros prejuicios racistas y al eurocriollismo, tan sesgado como obsoleto?

La disyuntiva es clara: o elaboramos una nueva teoría y lectura del pasado que abra el horizonte a una nueva utopía civilizatoria, o aceptamos sustituir el dogal eurocriollo por la visión globalizada estadounidense, que intentará legitimar su estrategia de dominación mundial. Que cada intelectual y cada universidad en América Lati-

na elija su campo es una tarea tan necesaria como urgente.

Notas

- 1.- www.dnic.unal.edu.co/dinapcur/5ch115h.htm
 - 2.- www.filosofia.unam.mx
 - 3.- www.uia.mx/ibero/prog/carreras/historia/mayor.html
 - 4.- Plan de Estudios para la barrera de licenciado en Historia Escuela de Historia. Facultad de Humanidades y Artes. Universidad Nacional de Rosario. Argentina. Mayo de 2002
 - 5.- www.unlp.edu.ar/lihisto.htm
 - 6.- www.filo.uba.ar/departamentos/historia/plan.htm
 - 7.- www.uh.cu/facultades/ffh
 - 8.- Gernet, Jacques, *El mundo chino*, Crítica, Barcelona, 1991
 - 9.- Lejía, Bernard, *El Oriente Próximo*, dos mil años de historia, Crítica, Barcelona, 1996
 - 10.- Ester, Anthony, *The Human venture a world history from prehistory y to the present*, Prentice hall, Upper, Saddle River NJ, 1996
- Fields, Lenny B. y Russell J Barber y Cheryl A Riggs, *The Global past*, 2 vols, Bedford Books, Boston, 1998



Unidad N° 3 lista para entrar en servicio. Planta Lerma, estado de Michoacán, 1953. Fototeca de Luz y Fuerza del Centro. Archivo Histórico.